



Paradojas del federalismo mexicano

(I parte)

En las últimas semanas hemos sido testigos de un fenómeno novedoso para el sistema político mexicano. El Gobierno del Distrito Federal se ha enfrentado al jefe del Ejecutivo federal. El enfrentamiento ha sido algunas veces indirecto, otras a través de los medios de comunicación, otras mediante acciones. Evidentemente, el contexto que ha propiciado este inusual enfrentamiento está determinado por los tiempos preelectorales que vivimos y por lo significativo de los puestos en disputa: El 2 de julio del presente año están en disputa la Presidencia de la República, la renovación del Senado y de la Cámara de Diputados, así como cinco entidades (Distrito Federal, Chiapas, Guanajuato, Morelos y Tabasco). Se encuentra en juego el centro del sistema político nacional.

México ha cambiado en lo político aceleradamente, sobre todo en la última década. Entre los cambios más visibles se encuentra la existencia de diez entidades y el Distrito Federal donde existe la alternancia en el Poder Ejecutivo estatal. Tenemos elecciones más transparentes y limpias gracias a la construcción de instituciones como el Instituto Federal Electoral o sus equivalentes en las entidades; y así podríamos enumerar otros cambios significativos en el terreno de la democratización política. Pero lo que no ha cambiado es la forma de gobierno presidencialista, que en nuestro caso tiene como uno de sus ingredientes fundamentales el centralismo. Históricamente hemos sido un Estado centralizado en contraposición con una República federalista. Es una realidad económica, social, político-cultural y hasta constitucional. El Centro ha subordinado a los poderes locales, de la misma manera que el Poder Ejecutivo ha anulado a los poderes Legislativo y Judicial. Tan centralistas hemos sido que el nuevo federalismo que Ernesto Zedillo pregonó como estrategia electoral y de Gobierno no era sino la idea de "construir el federalismo desde el Centro", como bien lo expresara el ahora consejero electoral nacional, Mauricio Merino Huerta.

Especialmente la representación del centralismo la encarnaba el Distrito Federal. Ahí se concentraba la capital de la República, la sede de todos los poderes y el Gobierno local más grande del Estado mexicano. Hasta 1997, todos los jefes de Gobierno eran empleados directos del Presidente pues él los nombraba o removía libremente. En 1997 por primera vez la Jefatura de Gobierno y la Asamblea de Representantes (una especie de Congreso local) fueron objeto de disputa electoral. Pese al apoyo del sistema al candidato oficial, Alfredo del Mazo, triunfó el candidato y líder moral indiscutible del PRD, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas; asimismo en la Asamblea de Representantes, el PRD ganó la mayoría absoluta. El homónimo del último emperador azteca ganaba desde el flanco izquierdo la Jefatura del Distrito Federal.

Si desde 1989 había iniciado la alternancia estatal justo con el triunfo electoral de Ernesto Ruffo Appel en 1989, el PAN se colocaba en la delantera de la oposición y después seguirían las gubernaturas de Guanajuato en 1991 (aun con la concertación), Chihuahua en 1992, se ratificarían Baja California y Guanajuato en 1995 y se agregaría Jalisco. En 1997 Acción Nacional suma Nuevo León y Querétaro, y en 1998 Aguascalientes tras perder Chihuahua. Hasta 1998 el PAN suma seis gubernaturas y alcanza su techo estatal; en ese mismo año empiezan sus descalabros. Pero su estrategia con respecto al centralismo era dual: Por un lado, ir ganando fortalezas estatales y prepararse para el asalto a Los Pinos en el 2000 -una estrategia con fraseología militar que tan bien describe Ernesto Ruffo Appel-. Por otro lado, encabezar la lucha por un "auténtico federalismo" contra la política oficial del "nuevo federalismo". De nuevo el estratega nacional es el ex gobernador de Baja California, Ruffo Appel. Podríamos caracterizar a esta apuesta como la "vía federalista al poder".

Para el PRD, la lucha contra el Centro ha sido distinta y representa el otro lado de la apuesta panista. Iniciar la lucha desde el Centro e ir ganando los gobiernos locales. Arranca justamente en 1997 con el triunfo en el Distrito Federal y al obtener la primera mayoría en la Cámara de Diputados en el mismo año. Sin embargo, el